

FORMA DE VIDA DEL MAGISTERIO

Hartas veces se ha dicho que la primera condición del maestro es la ejemplaridad de su vida.

La influencia del ejemplo en la educación obliga al maestro a una estrecha conexión entre su vida personal y las normas de la vida humana, que son, a su vez, objeto primordial de la función educadora (1).

Y no sólo en el aspecto moral ha de haber conexión entre la vida del maestro y su tarea educativa; lo mismo acontece si consideramos la educación en su aspecto intelectual. En la niñez no puede enseñarse nada sin matiz afectivo; el interés es la base del aprendizaje, y este fenómeno siempre va coloreado de un cierto tono sentimental; es típica ya la afirmación de que el maestro es el encargado de vivificar la enseñanza, de dar vida a las verdades que de suyo estarían ahí, circundando al niño, sin atrarle, sin interesarle. Para que haya transferencia de sentimientos han de existir éstos originariamente en alguno, que, en el caso de la enseñanza, no puede ser más que el maestro. De aquí que la primera condición docente es el interés, más aún, el entusiasmo del maestro por lo que ha de enseñar.

Desde la simple narración de cuentos, cuyos acontecimientos han de ser vividos por el maestro, hasta las llamadas formas más elevadas del Magisterio, las realizadas por las figuras cimeras de la ciencia al iniciar a otros en la investigación,

(1) Ya Quintiliano señaló claramente el valor de la conducta del maestro: «Y así, debe ponerse mayor esmero para que la conducta irreprochable del maestro preserve de todo daño a los años tiernos, y su circunspección le contenga (al niño) para que no se haga des-envuelto, si es de genio avieso y bravo.» *Instituciones oratorias*. Libro II, cap. II, pág. 89. Biblioteca Clásica, 6. Madrid, 1942.

es inexcusable esta relación afectiva y efectiva con la materia objeto de enseñanza.

Aquí está el fundamento de la convicción de que no puede ni enseñar religión, ni educar religiosamente, quien no sea profundamente religioso, ni enseñar Historia, ni formar patrióticamente, quien no tenga conciencia histórica ni nacional (2).

En esta relación, y aun adhesión, entre el maestro y lo que enseña radica una de las fuentes de la alegría, que no puede faltar en la tarea del maestro, y cuyo valor formal para la enseñanza fué ya señalado por San Agustín (3).

La conexión que acabamos de señalar entre la propia vida del maestro y su concepto de la vida humana, que se proyecta en toda la tarea educativa, y aun con todo lo que es objeto de enseñanza, ya dice de por sí que la función magistral no es únicamente una profesión en el viejo sentido religioso de dedicación de una vida; es, en términos muy en boga en los tiempos actuales, una forma de vida, porque en la vida del hombre, que además es maestro, no puede haber separación de actividades profesionales y no profesionales, ya que simplemente con su mero vivir actúa sobre sus discípulos. Y aun cuando temporalmente esté apartado de éstos, no puede apartar de sí su propia vida.

Teniendo esto en cuenta no es difícil percatarse de un he-

(2) Respecto de la enseñanza y educación religiosa, son muy de meditar los hechos subsiguientes a tal tipo de enseñanza profesada por quienes en el fondo no la sentían: la enseñanza de la religión era seca y desvaída, resbalaba por el espíritu de los alumnos; las actividades religiosas se convertían en meros actos externo sin contenido ninguno. El resultado, alumnos escépticos, que primero perdieron la fe y luego las costumbres religiosas.

Respecto de la formación patriótica, léanse las siguientes palabras de un pedagogo alemán: «Si... llega a perderse el sentimiento nacional por parte del magisterio de un pueblo, si no está guiada toda su instrucción por dicho sentimiento, puede también considerársele perdido para la nación.» Kerschensteiner: *El alma del educador*, página 129. Colección Labor. Barcelona, 1928.

(3) «Y en verdad que se nos oye con más gusto en aquello en que nosotros mismos gozamos, y el hilo de nuestro discurso sale más fácil y es más gustoso siempre que arranca de nuestro mismo gozo.» San Agustín: *De Catechizandis Rudibus*, pág. 63. Trad. española. Vid. Joyas del Catequista. Madrid, 1908.

cho singular que acontece en la fusión educadora: el maestro influye en el alumno; para ello actúa sobre él, pero a su vez esta acción reobra sobre el maestro. En primer lugar, como obra en el propio sujeto cualquier acción que realice, pero de un modo especial en el maestro, porque esta acción refleja de su obra, modifica su personalidad y, por lo mismo, su futura acción magistral. Por aquí se trasluce la necesidad de que el maestro perfeccione su vida en la acción educadora, que a primera vista parece que sólo ha de influir en la vida del discípulo. En este sentido es aleccionadora la actitud de los maestros o directores espirituales, cuyo primer cuidado es aprovechar ellos mismos en su función magistral (4).

En esta influencia recíproca del maestro en su obra y de la obra en el maestro, se va formando la unidad de la vida y la función docente que establece una doble atracción en el discípulo: la del maestro y la de la enseñanza (5).

* * *

Afirmada la tarea del maestro como una totalidad de vida más que como una fragmentación profesional, podemos plantearnos el problema de si reviste alguna peculiar característica por la que la vida del maestro pueda encasillarse en algunos de los llamados tipos o formas de vida.

En primer lugar, conviene advertir que no encuentro en

(4) Claramente lo manifiestan las siguientes palabras: «Y hase desde aquí luego de presuponer que estas consideraciones no se escriben sólo para el entendimiento del conocimiento de Dios, sino para incitar la voluntad a su amor y avivar nuestra torpeza para servirle.» «Y por eso en cada lugar que el lector topase con cosa que a esto le convida debe volver a Dios su corazón y pedirle con su oración que le dé gusto en eso, y le dé afición a ponerlo en obra», y con mucha más razón lo ha de hacer esto el maestro que enseña (cuya profesión yo indignamente usurpo), por que no sea como el buey, que con el trillo de la razón aparta la paja del grano, y el grano deja a los hombres, y él como bruto se mantiene de la paja, que es de la vanidad de la parlería cuando está sin tuétano de amor y afición.» Domingo Soto: *Tratado del amor de Dios*, página 151. Vid. La vida sobrenatural. Marzo-abril, 1943.

(5) «Laqués.—... A veces no hay cosa de que tanto guste yo como de los discursos, mientras que otros no puedo soportarlos. Cuando oigo a un hombre hablar doctamente de la virtud o de la ciencia, y se trata de un verdadero hombre, digno de los juicios que expresa,

este aspecto a la psicología diferencial tan perfecta como para tener que aceptar necesariamente una tipología de la personalidad humana, y no encuentro entre las modernas una que sea lo suficientemente aceptable, por su claridad y adecuación, para utilizarla en esta ocasión (6). Basta para nuestro objeto que nos hagamos cargo de que existe, entre las formas de vida específicamente humanas, una forma de vida activa cuya nota esencial es el verterse hacia afuera de la personalidad, o

se me alegra el alma, y es para mí un goce inefable ver cómo se hallan en perfecto acuerdo sus actos y sus palabras; me parece que semejante hombre es el único músico que consiga la perfecta armonía, no con una lira o con cualesquiera otros instrumentos, sino con el tono de su propia vida; porque todas sus acciones conciertan con sus palabras todas, no según el modo lidio, o el frigio, o el jónico, sino con arreglo al tono dórico, único que merece el nombre de armonía. Cuando un hombre así habla, me llena de gozo, me enhechiza, y no hay quien juzgue sino que soy apasionado de los discursos; de tal manera cazo todas sus palabras. Pero el orador que hace lo contrario me fastidia cruelmente, y cuanto mejor parece hablar, mayor aversión me infunde hacia los discursos.» Platón: *Lasqués*, páginas 255-256. Nueva Biblioteca Filosófica. XI. Madrid, 1936.

(6) No hablo ahora de las tipologías somatopsíquicas, hechas casi todas por los médicos y tomando como base principal la conformación del cuerpo y las reacciones elementales de índole temperamental; me refiero a las diferenciaciones que se establecen respecto de los llamados por alguien tipos fundamentales «de las formas vitales de índole espiritual», es decir, hablando llanamente, de los distintos modos del vivir humano. En este sentido, la obra más conocida es la de Spranger, *Formas de vida* (traducción española, Madrid, 1935. De la página 22 de la citada traducción está tomada la frase entrecomillada), en la cual está bastante trabajada esta cuestión; pero en la división de tipos que establece se falta a las reglas de la lógica, entre otras cosas porque unos tipos caben en otros.

No es esta ocasión para hablar de una teoría de las formas de vida, y estaría fuera de lugar el hacerlo, porque a la Pedagogía, en este caso, no le corresponde más que tomar a la Psicología y a la Ética sus conclusiones para hacerlas premisas del razonamiento pedagógico. Simplemente quiero decir que respecto de las formas de vida no he encontrado mejor división que la aceptada comúnmente en la doctrina cristiana de la vida: vida activa, vida contemplativa, vida mixta. Vid. Santo Tomás: *Summa Theologica*, 2-2 q. 188.

Aristóteles señala la vida activa, que también llama política, y la contemplativa. Hace referencia a la vida dedicada al placer, pero de ella dice que es «más propia de bestias». *Ética a Nicomaco*, libro I, cap. V.

Cada uno de estos tipos puede incluir varios en sí; por ejemplo, el hombre teórico, el estético y el religioso de Spranger caben en la vida contemplativa; el económico, el social y el hombre de poder o político en la activa.

lo que es lo mismo, gastar la vida en obras exteriores; una forma de vida contemplativa cuya nota específica consiste en el enriquecimiento propio en conocimiento y amor; y aun una forma mixta en la cual las obras exteriores se derivan *ex plenitudine contemplationis* (7); es decir, nacen de una superabundancia espiritual del que las realiza.

Ya Santo Tomás se planteó el problema de si el enseñar pertenece a la vida activa o a la contemplativa (8), y se decidió por una solución mixta; pertenece a la vida activa porque se enseña a alguien; pero, por razón de la cosa que se enseña, pertenece también a la contemplativa; en razón del fin, la utilidad de otro, es también de la vida activa; por donde más pertenece a la vida activa que a la contemplativa, aunque de ésta participe también en cierto modo (9).

Esta misma cuestión, tratada por Santo Tomás en términos de vida activa o contemplativa, está en estrecha relación con el problema moderno de si el maestro, en cuanto tal, es hombre de ciencia o de arte, de teoría o de práctica, investigador o realizador. Planteado en estos términos, la so-

(7) Santo Tomás: *Summa Theologica*, 2-2, q. 188, a. 6.

(8) Santo Tomás: *Quaestiones disputatae*. «De veritate», XI, a. 4.

(9) «Respondeo dicendum, quod contemplativa et activa vita ad invicem materia et fine distinguuntur. Materia namque vitae activae sunt temporalia circa quae humanus actus versatur; materia autem contemplativae sunt rerum scibiles rationes, quibus contemplator insistit. Et haec materiae diversitas provenit ex diversitate finis: sicut et in omnibus aliis materia secundum finis exigentiam determinatur. Finis enim contemplativae vitae est inspectio veritatis, prout nunc de vita contemplativa agimus; veritatis, dico, increatae secundum modum possibilem contemplanti; quae quidem in hac vita imperfecte inspicitur, in futura autem vita perfecta. Unde et Gregorius dicit (Homl. XIV in Ezech. parum a med.) quod contemplativa vita hic incipit, ut in futura vita perficiatur. Sed activae vitae est finis operatio, qua proximorum utilitati intenditur. In actu autem docendi invenimus duplicem materiam, in cujus signum etiam actus docendi duplici actui conjungitur. Est, siquidem, una ejus materia ipsa res quae docetur, alia vero ille cui scientia traditur. Ratione igitur primae materiae, actus doctrinae ad vitam contemplativam pertinet, sed ratione secundae pertinet ad activam; sed ex parte finis doctrina solum modo ad vitam activam pertinere videtur, quia ultima materia ejus, in qua finem intentum consequitur, est activae vitae materia. Unde ad activam magis pertinet quam ad contemplativam, quamvis etiam quodammodo ad contemplativam pertineat ut ex dicis patet.» Santo Tomás: Lo. cit.

lución es fácil; la función del maestro es función práctica, de adaptación de la realidad a una idea (10).

Cuestión distinta es si el maestro puede cumplir su misión sin enfrentarse con la ciencia, sin ser hombre de estudio, de reflexión, ocupado en enriquecerse espiritualmente, contemplativo, en suma.

La estrecha vinculación entre el maestro y la materia de enseñanza, por un lado, y la que ha de tener con las normas de la vida superior a que anteriormente me he referido, dicen bastante claro que el maestro no puede ser un hombre puramente activo; precisa, en primer lugar, lo que en términos modernos se llama un concepto del mundo y de la vida (11).

Pudiera decirse que la formación de este concepto del mundo y de la vida es previa a la función propiamente magistral. Dentro de esta concepción general necesita el maestro ir sucesivamente delineando el concepto de vida especialmente adecuado a cada uno de los discípulos; y esto vale tanto como postular una continuada reflexión durante la misma función educadora. Y por lo que hace a lo que la educación tiene de enriquecimiento del ser del educando, no puede el maestro realizar su obra sino enriqueciéndose él continuamente (12).

Esta participación de la vida activa y la contemplativa que posee la función magistral, plantea un grave problema en la práctica, porque una y otra formas de vivir se manifiestan a primera vista como antitéticas. La vida activa es

(10) «El educador, propiamente dicho, es siempre un hombre ocupado en la práctica.» Kerschensteiner: *El alma del educador*, página 18.

(11) «No existe ningún gran educador en el que no viva una necesidad de comprender el ser, y hacerse propia una idea del mundo y de la vida, ni en el que no se deje sentir el principio del hombre estético, por lo menos mientras trate de formar la personalidad del alumno en el sentido de un determinado ideal de instrucción.» (Kerschensteiner: *Op. cit.*, pág. 34. El subrayado es mío.) Nótese que Kerschensteiner, en general, acepta la teoría de Spranger en cuanto a las formas de vida y en éste el hombre estético es el que siente la vida en cuanto infundida de emoción y ritmo (Spranger: *Op. cit.*, página 185); es decir, posee una forma de vida más semejante a la contemplativa que a la activa.

(12) «Una tal disposición pedagógica fundamental, que persigue la realización de valores en personas extrañas, no puede mantenerse sin una tendencia continua a la realización de valores en la vida personal propia.» Kerschensteiner: *Op. cit.*, pág. 24.

una salida del ser hacia el exterior, mientras la activa se desenvuelve en forma de reversión al interior; la vida activa es comunicativa, de relación con los demás, social de un modo inmediato; la contemplativa, por el contrario, se presenta como realizable en la intimidad, en soledad, de un modo solitario y a veces esquivo.

La solución me parece encontrarse en la alternación de una y otra, de tal suerte que la acción externa vaya precedida y "vivificada" por la reflexión; en ésta se identificará el maestro con la finalidad educativa, en aquélla se enlazará con el sujeto educando; al modo como en los actos de apostolado, las obras exteriores están animadas y vivificadas por la vida interior del que las realiza (13).

Aparece, pues, la reflexión solitaria, el estudio, la forma de vida contemplativa, en suma, como el medio de que la acción magistral no degenera en seca rutina, en simple repetición de lo que con anterioridad se ha hecho; sino que pueda, por el contrario, adaptarse a la realidad, siempre cambiante, de la vida del discípulo.

Las anteriores afirmaciones no deben servir para identificar al maestro con el investigador, con el científico en puro significado; el maestro es hombre fundamentalmente dedicado a otros hombres y en función de esta dedicación necesita dedicarse también a la contemplación de la verdad. El científico, por el contrario, es hombre dedicado primordialmente

(13) Maravillosamente exponen los místicos esta necesidad de alternar los actos de la vida contemplativa con los de la activa para que éstos no pierdan eficacia ni se conviertan en actividades destructoras de la misma vida humana en su más elevado aspecto; y *mutatis mutandis* puede aplicarse a la función magistral lo que ellos dicen de las obras exteriores e interiores. Véanse en este sentido las siguientes palabras de Fray Juan de los Angeles: «A estas salidas que hacemos (en ayuda del prójimo, por ejemplo, la enseñanza), movidos por la caridad del Esposo que nos llama afuera, se han de seguir las introversiones uniformes, que son estas entradas o encerramientos hasta lo íntimo y secreto del alma, para tratar a solas con Dios y separar por este camino la distracción, si se siguió alguna por el trato y conversación con los hombres. Y han de ser uniformes estas introversiones, porque todos nuestros deseos y pensamientos se han de encaminar a aquel uno necesario a que atiende María y a que es invitada y provocada su hermana Marta por Jesucristo.» *Conquista del reino de Dios*. Diálogo décimo. III. Páginas 372-373. Madrid, 1926. Gregorio del Amo.

al descubrimiento de la verdad, a la construcción de la ciencia, y tal vez, no es ésta ocasión de adentrarnos en esta cuestión, en función del mismo descubrimiento y construcción científica, necesitará comunicarla a los demás, enseñar (14).

* * *

La relación entre el maestro y el hombre teórico tiene dos manifestaciones actuales: en primer lugar, está la relación entre el maestro y el científico de la Pedagogía; en segundo lugar, está la cuestión, vital en lo que hace a la enseñanza universitaria, de si el docente ha de ser investigador.

Respecto de la relación entre el maestro y el científico de la Pedagogía, pedagogo llamaría yo a este último, es clara la diferencia: el maestro es el realizador de la tarea educativa; el pedagogo es el contemplador de esa tarea. La educación para el maestro es el objeto de su práctica, para el pedagogo es objeto teórico. El maestro es actor y el pedagogo es espectador.

Sin embargo, dada la cualidad de ciencia aplicada que posee la Pedagogía, su teoría ha de revertir sobre la realidad; el encargado de la aplicación de la Pedagogía es el educador; he aquí por qué, si primariamente el maestro se diferencia del pedagogo, para realizar aquél su tarea necesita vincularse a éste, puesto que del teórico de la Pedagogía ha de sacar los principios en que tendrá que apoyar su acción.

Por otra parte, si se tiene en cuenta la necesidad de reflexión y estudio constante que el maestro tiene, se trasluce una razón más para considerar la conexión estrecha que hay entre el pedagogo y el maestro. Es probable también que para la función teórica de la Pedagogía sea mucho más eficaz que el

(14) De todos modos, siempre existirá la dificultad de armonizar una y otra labor, porque el impulso incansable por aumentar los propios conocimientos puede llevar a sentir como una carga el trabajo repetido de la función docente; y, por otra parte, puede pensarse si la consideración profunda y esencial del mundo no inutiliza para el trato con la cotidianidad del humano vivir que implica la enseñanza, y, a su vez, si este trato continuado con las inmediatas y prácticas soluciones de la vida, no incapacita para la meditación profunda del pensador. Vid. *Razón y Fe*, núms. 536-7, pág. 249.

mismo pedagogo realice prácticamente la educación. De todas suertes, maestro y pedagogo están en apretada ligazón, pero son claramente diferenciables porque en uno la actitud primordial es la práctica y en otro la teórica.

Por lo que hace a la relación entre el docente universitario y el investigador, pudiera decirse, poco más o menos, lo dicho respecto a la anterior relación; pero en este caso, la supremacía intelectual de la Universidad respecto de los demás centros docentes, obliga al profesor universitario a una más estrecha vinculación con la investigación científica. Se distinguen claramente la función docente de la investigadora, pero hay que considerarlas al mismo tiempo estrechamente ligadas; a fin de cuentas, la Universidad no puede vivir sin investigación (15).

* * *

Hasta aquí hemos venido hablando indistintamente de maestros y docentes; será conveniente, antes de terminar esta nota, hacernos cargo de la posibilidad de distinguir distintas clases de maestros entre los dedicados a funciones educadoras.

En primer lugar, conviene distinguir el maestro, educador en sentido estricto, puesto que su finalidad alcanza a todo el ser del educando, y el profesor, hombre dedicado a una función docente de modo especial (16).

A primera vista, se podía establecer la distinción entre estos dos tipos de maestros, pensando que uno está dedicado

(15) No me detengo en este punto porque lo trato con algún detenimiento en un estudio actualmente en prensa sobre la formación pedagógica en la Universidad. Pueden verse las obras que allí cito principalmente: Cardenal Newman: *Idea of a University*. J. Ortega y Gasset: *Misión de la Universidad*. J. J. López Ibor: *Discurso a los universitarios españoles*. Isidoro Martín: *Concepto y misión de la Universidad*.

(16) «Quisiéramos separar dos clases de maestros. En primer lugar, el profesor indiferente a los problemas educativos...» (después) los «miembros del cuerpo docente, que muestran una preocupación, por modesta que sea, de orden pedagógico, es decir, a los maestros que aceptan, además de la enseñanza, una tarea educativa hacia el alumno.» J. R. Schmid: *Tipos de maestro*, pág. 8. Madrid, 1936.

Respecto del «profesor indiferente a los problemas educativos», si es que hay alguno, véase lo que sigue.

a la educación y otro a la enseñanza; pero no sirve este punto de vista porque el maestro realiza su función educadora mediante la enseñanza, de suerte que también es docente; y por otra parte, es demasiado pueril pensar que los profesores no educan (17).

La distinción, más que en la diversidad de funciones, ha de hacerse estribar en la fragmentación de una misma función y en la diversidad de la finalidad principal.

El profesor realiza una parte de la educación: la intelectual, y respecto de una sola ciencia o un grupo de ellas. A su vez, la finalidad del maestro, primera en rango, es la educación; la instrucción es un medio, y como tal la mira; la primordial finalidad del profesor es la instrucción, aunque, quiéralo o no el docente, la instrucción, por su misma naturaleza, influye en la educación del alumno.

Aún podrá añadirse una diferencia, tal vez la fundamental, entre el profesor y el maestro. En aquél la enseñanza es realmente una profesión, en el sentido externo de la palabra, ocupa una parte de su vida; mientras que en el maestro su función ocupa toda su vida. En el profesor puede considerarse su vida desligada de la enseñanza (18), en el maestro no puede haber tal distinción sino en un orden puramente lógico. Cuando al profesor se le concibe como hombre entregado totalmente a una ciencia y a formar en ella a otros, entonces el común

(17) «... les agents de l'éducation morale au lycée sont tous ceux qui dans l'établissement ont une part quelconque à la direction, à l'instruction, à la surveillance.»

(...)

«On a déjà parlé de l'action du professeur en général; on parlera surtout dans les prochaines conférences de son action dans sa classe. Cette action, qui s'exerce d'abord et surtout par la direction du travail intellectuel, peut et doit aussi, quoique plus discrètement, et d'une façon moins méthodique, porter en classe sur les habitudes et sur le caractère des élèves; enfin elle se fait encore, on vous l'a montré, et d'une façon plus pénétrante, avec des résultats plus sûrs et plus durables, par l'exemple.» *L'éducation morale dans l'Université. Conférences et discussions présidées par M. Alfred Croiset.*— M. Marcel Bernés: *Les agents de l'éducation morale*, págs. 27-28 y 29-30. París (Alcan). 1901.

(18) «Sócrates.—No lo hagas, pues, Critón. No te entretengas en considerar si aquellos que se dedican (que son profesores) a la filosofía son buenos o malos; considera solamente la filosofía en sí misma. Si la juzgas mala, aleja de ella, no sólo a tus hijos, sino al

sentir le da el nombre de maestro, en cuanto hombre eminente que consagra su vida al descubrimiento y transmisión de la ciencia. A esta calificación de maestro siempre va unida la más alta consideración social; y viene entonces a desembocar de nuevo en el Magisterio como una forma de vida.

resto de los humanos; si la consideras tal cual a mí me ha parecido siempre, tú y tus hijos debéis dedicaros a ella con todas vuestras energías.» Platón: *Eutidemo*, pág. 280. Nueva Biblioteca Filosófica, III. Madrid, 1934.

Se ve aquí una llamada a la separación entre el profesor y la doctrina que enseña.